

# De José de la Colina, un recuerdo

*Gabriel Ramírez Aznar*

*El 4 de noviembre de 2019 murió José de la Colina, escritor importante y querido y uno de los últimos representantes de la “generación de medio siglo”. Nacido en Santander, España, en 1934, llegó a México en 1941 como parte del exilio de la República española. Entre sus numerosos libros destacan: Los bordes imaginarios, Cuentos para vencer la muerte, De libertades fantasmas o de la literatura como juego, Viajes narrados, El cine italiano, Miradas al cine, La lucha con la pantera, y su muy citada obra sobre Luis Buñuel, escrita en colaboración con el periodista Tomás Pérez Turrent y producto de*

*muchos días de entrevistas, Luis Buñuel: prohibido asomarse al interior. Fue miembro del consejo de redacción de revistas como Nuevo Cine, Plural, Vuelta, Revista Mexicana de Literatura; y colaborador de casi todas las publicaciones literarias importantes en México, como La Cultura en México, México en la Cultura, Letras Libres, La Palabra y el Hombre, y de periódicos como Milenio, El Universal y Excélsior, al igual que de la Nouvelle Revue Française. Director del “Semnario Cultural” de Novedades, escribió por décadas en numerosos suplementos culturales. Recibió el Premio Nacional de*

Con miembros de la revista Nuevo Cine. De izquierda a derecha fila de arriba: José María Sbert, Jomi García Ascot, José Luis González de León, Luis Buñuel, Gabriel Ramírez, Emilio García Riera, Carlos Blanco Aguinaga y Armando Bartra. Abajo, José de la Colina y Salvador Elizondo. México D. F. 1962.



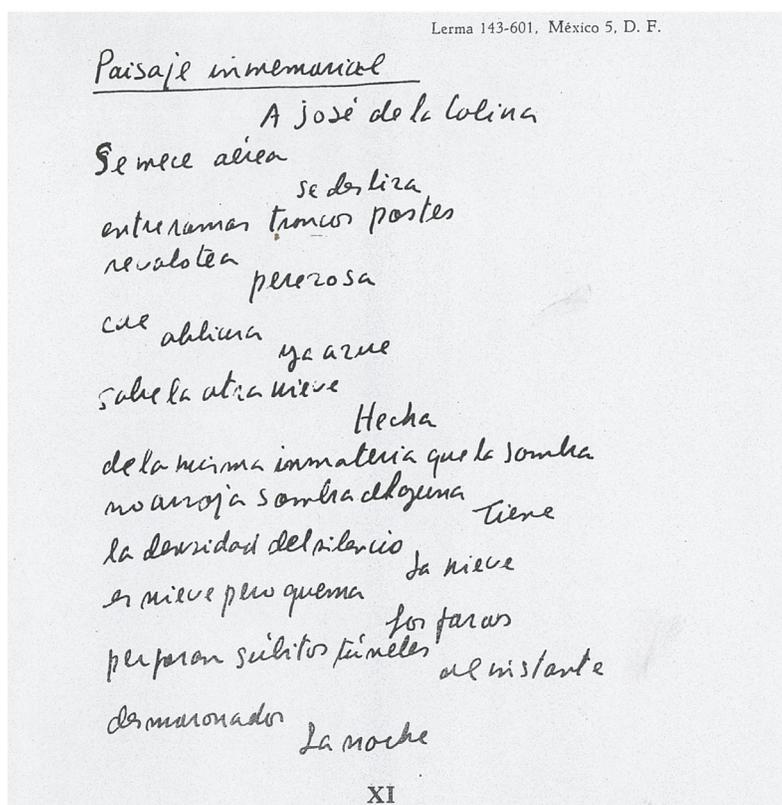


*Periodismo en 1984, el Premio Mazatlán de Literatura en 2002, el de Bellas Artes en 2009, el Xavier Villaurrutia en 2013 entre muchos otros. De él dijo Octavio Paz, "que era un escritor singular, cuya prosa era una de las mejores de México".*  
(Larc)

Cuando Miguel me habló le dije que no, que no estaba triste por la noticia de la muerte de Pepe. Se hizo un silencio espeso, pero era cierto: en aquel momento no tuve ninguna pena en concreto. Cosas así me dejan en un estado de nostalgia casi autista, porque lo siguiente es de inmediato hundirme en una memoria afectiva

de los días de medio siglo atrás que conocí al fallecido Pepe de la Colina.

Cuando nos encontramos en los días de *Nuevo Cine*, ya era el Pepe de la Colina que sería siempre. Su personalidad estaba ya establecida y eso que tenía apenas veintisiete años, cuatro más que yo. Mi encuentro con él y con todos, me marcó. Yo y Monsiváis éramos los más jóvenes pero, desde luego, yo era el de menor energía intelectual. Escribían mucho y duramente, y si yo no lo hacía era porque no tenía ni idea, al igual que otro allá, González de León, que solo quería hacer cine. Pero yo, que pinta-



Poema manuscrito de Octavio Paz dedicado a José de la Colina.

ba entonces, solo sentía pertenecer al grupo por el cine. Así, a secas.

Pepe también estaba por el cine, pero sus intereses particulares eran literalmente múltiples y tan arrebatados que solía poner a prueba de estoicidad a quien estuviera cerca de él y oírlo discursar. Siempre alerta, buscaba confirmar sus poderes con algún igual del círculo que, por lo general, siempre era uno solo: Salvador Elizondo, con quien solía armar shows semanales de erudición. Era un grupo de casi amigos que coincidió en el

lugar y la hora precisa a principios de los sesenta en el que todos estábamos educados y hechos por el cine. Por desgracia (o quizá no), casi ninguno llamado para hacer cine, como el tiempo se encargó de demostrar. Sin embargo, la mayoría haría historia por otro lado. Fue, en realidad, un encuentro de semejantes, similar al que tenía lugar en diversos ámbitos no solo del mundo sino de la cultura mexicana. En el caso específico de *Nuevo Cine*, lo que nos soldó fue la pasión e incluso idolatría por el cine

Lerma 143-601, México 5, D. F.

acuchillada  
cruce se adelanta  
se ennochece  
Pasan  
los autos abismados  
por distintas direcciones  
hacia el mismo destino  
Un día  
en un fallo de línea  
se fallarán los lamparas  
Un día  
el mugido del río de costuras  
ha de apagarse  
Un día  
estas cosas serán colinas  
atras  
hablará a saltos oblicuas  
entre los pombos  
he de caer  
sabe la tierra  
la nieve de hace un millón de años

Octavio Paz-

XII

Poema manuscrito de Octavio Paz dedicado a José de la Colina.

y ciertos nombres. Conocerle fue un acontecimiento, y durante breve temporada estuve cerca de él en un ocio dichoso de aventuras no propiamente juveniles como imbéciles, porque no hay otra manera de definir, por ejemplo, el convencerme de trepar por una empinada senda para colarnos a espaldas del Castillo de Chapultepec: “Es un sendero que casi nadie conoce”. Luego de sortear peligros no tan imaginarios y llenarnos de polvo y sudores logramos la proeza, y yo, ya arriba, me le quedé mirando como preguntándole ahora qué y me dijo satisfecho, “eso es todo”. Esto, aparentemente sin sentido, eran los juegos estimulantes a lo Salgari, Conrad,

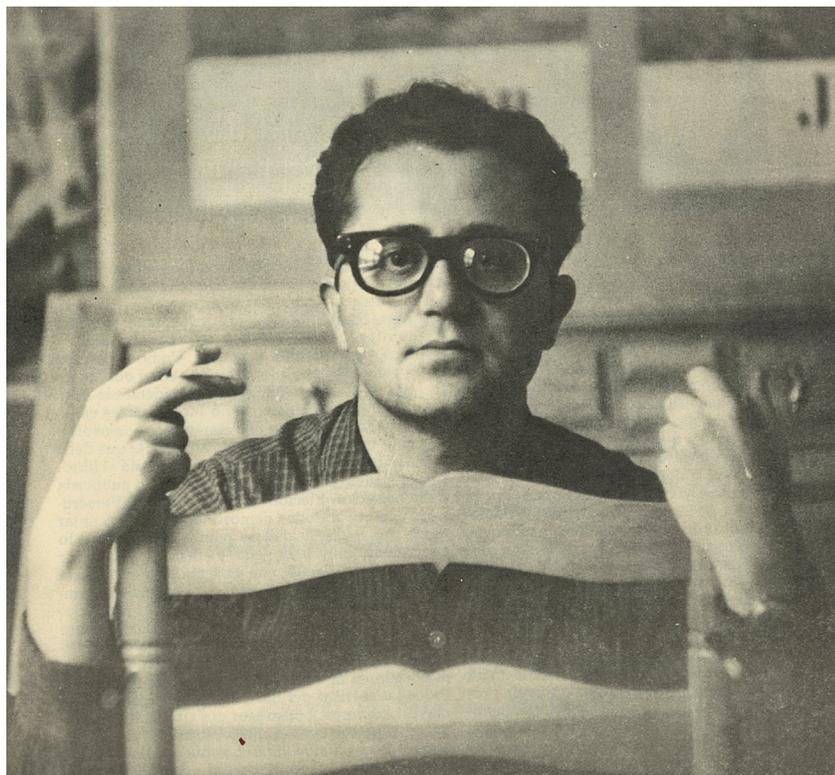
Robert Stevenson o Jack London con los que a Pepe le gustaba condensar sus lecturas infantiles. Esta tendencia al riesgo y la peripecia, al atrevimiento y la acción física más que moderada, eran parte de su carácter natural, entonces bastante vivaz.

Gozoso él de infringir la ley y burlar el orden, fue ese mismo domingo de pasadía campechano, el domingo terrible que luego de la hazaña de Chapultepec y de comer tacos nos dirigimos a pie a Televisa a su programa de TVUNAM donde fui obligado a hacer el ridículo hablando ante la cámara sobre *La Joven*, de Buñuel. A mi lado, con la mirada atónita, el locutor Martínez Carpintheyro no daba crédito a lo que oía.

En aquellos días, lo persistente en él iba en la dirección de sentir una excitación por todo lo último, por las influencias decisivas tanto en literatura como en cine, el intercambio de ideas con la comunidad intelectual de la que yo, desde luego, no formaba parte. En este sentido, había en Pepe una necesidad de enfrentamiento y dominio, de exagerar sus razonamientos hasta la discordia siempre. Para muchos, en muchos momentos, la convivencia con él llegó a ser el infierno, porque bastaba una chispa para desencadenarlo. Era directo, tajante y



Comida del grupo Nuevo Cine. De izquierda a derecha: José Luis González de León, Luis Buñuel, Salvador Elizondo, Gabriel Ramírez, Jomi García Ascot y José de la Colina. Foto tomada por Ricardo Salazar en el restaurante El Cabrito Español ubicado en Peralvillo, México D. F. una tarde de sábado de 1960.



José de la Colina 1966. Foto de Miguel Cervantes.

terco en sus opiniones, y vaya que se volvía ave de tempestades en debates, mesas redondas, coloquios y demás vanidades: su presencia en ellas era conocer de antemano el desenlace incómodo y desagradable que siempre tenía lugar.

Eso oía, porque procuraba no asistir a aquellos eventos de escándalo anunciado. Prefería siempre acompañarle en solitario a sus pasiones peculiares del momento como las largas y sedantes caminatas nocturnas, donde su antagonismo por todo dejaba lugar a un protagonismo de

monólogos felices, porque de los dos, el único que abría la boca era él. Por eso supe de sus invencibles y fuertes pasiones por el cine de Walsh, Ford, Buñuel, Ray y Lang; sus debilidades demasiado humanas por la eterna Cyd Charisse, por la Debra Paget de Lang y la Salomé Birgird Bazlen del Ray de Reyes, como él y Juan Manuel le bautizaron. Presentes también sus fijaciones surrealistas y por el suicida reciente Boris Vian, prototipo del joven intelectual existencialista, merodeador de las callejuelas de Saint Germain-des-Prés. Un todo terreno hasta un etcétera que lo instalaba en las *boites* del jazz parisino y que Pepe reciclaba en sus pobres correrías noctámbulas (que dudo fueran muchas) por la avenida Insurgentes, donde solía perderse entre el humo en la (según él) única *boite* de jazz en México: la cueva tugurio del baterista Tino Contreras, otro de sus fuegos pasajeros. “Está a la altura de los mejores del mundo”, sentenciaba y ahí estábamos los dos, que no éramos para nada gente de noche.

Particularmente, y por extraño que parezca, recuerdo acompañarle una o dos veces a la vetusta colonia Santa María de la Ribera, donde vivía su prometida María, excampeona nacional de tiro al arco. Se trataba de una visita de lo más tradicional, pero



aquella vez el sorprendente ceremonial lo dedicó Pepe a discutir áspera y venenosamente cuestiones teológicas con su futuro cuñado, sacerdote jesuita que solo alcanzaba a sonreír de lo que, supongo, eran barbaridades ateas. “Así es siempre”, me comentó María, desde entonces y luego para siempre a la sombra, a un lado, sesgada y a quien Pepe acostumbró después a presentar como “mi compañera”, lo que daba lugar a molestas situaciones como lo que un día me dijo Jomí en el IFAL, en voz muy baja, “oigo eso y me da la impresión de estar en un sindicato”.

Con él era más que seguro enfrentarse a terribles resistencias o algo peor, según atestiguaba Pérez Turrent, coautor del esencial *Luis Buñuel: Prohibido asomarse al interior*: “Informadísimo, cultísimo, apantallante, y en ocasiones pedantón, a veces eco de Salvador Elizondo, en otras su exacto contrario”. Sí, pedante y burlón, agresivo e irritante, supongo una verdadera calamidad si se debía soportarlo como experiencia cotidiana. Yo no viví eso y también estaba el otro Pepe, enemigo de intrigas, oportunismos e hipocresías; era a la vez incorruptible y de una fidelidad excepcional hacia sus cercanos, incapaz de descender o ceder a bajeza alguna. Así se mantuvo hasta el final, entre-

gado a escribir para sí y los demás, a colaborar donde fuera requerido, en revistas, suplementos, prólogos, epílogos, crónicas o guiones para sus queridos Beto Bojórquez, Hermosillo y su más íntimo Elizondo, al que muy al final acudió para testimoniar en un documental sobre el mítico trabajo de los días de Nuevo Cine, *Apocalypse 1900*, rebautizado en 2007 *El extraño experimento del profesor Elizondo*.

Por su herencia paterna anarcosindicalista (y me pongo de pie), era propenso al quebrantamiento de lo establecido en materia de simulaciones e ideas establecidas, pero curiosamente su espíritu de lucha nunca tuvo finalidad social alguna. Su camino significó ejercer en libertad su propia individualidad y por eso odió esa cínica intromisión inadmisible, ese atentado a la consumación de la pura y sagrada libertad; y hablo del día de la célebre comilona a Buñuel, cuando, de pronto, de manera espontánea, nos gritó putas a los anfitriones de *Nuevo Cine* por débilmente sugerir que (corruptos) productores como Barbachano o Alatraste pudieran pertenecer al grupo. Indignadísimo, Pepe no nos bajó de burgueses y prostitutas, dicho lo cual el buen burgués Pepe de la Colina tomó sus sempiternos ocho libros y se largó enfurecido. Nadie pudo reaccionar. Después, claro, llegaría la

serena reconciliación y fue en ese estado de gracia que dejé de frecuentarle. Luego, apenas le vi muy esporádicamente durante mis exposiciones en Pecanins, pero yo siempre supe que nunca dejó de existir la marca de una relación.

Apenas niño y ya con la pluma entre la mano, Pepe fue eso difícil de encontrar: el escritor natural, intuitivo y entretenido, intenso en imágenes y subordinado durante más de setenta años a un trabajo que agotó lápices y plumas y teclados. A un agotador trabajo nada bien pagado, porque la utilidad de su oficio maestro no alcanzaba ni con premios o becas siempre miserables. Estaban lejos los buenos ingresos, pero él siempre cuidó mucho conservar la dignidad a la hora de cargar con su trabajo, llevarlo al mercado y venderlo. Quedó de Pepe

la imagen quimérica de un personaje que ha de ser de los verdaderamente últimos que practicaron la belleza que produce la excelencia escrita y el entusiasmo de sus cómplices lectores: ya está en la posteridad, llegó ahora el tiempo de redescubrirlo.

Hace cosa de un mes vi una foto de Ana García con un Pepe en cama, que de tan demacrado y descosido, no le reconocí. Parece estar en su lecho de muerte, pensé. Y sí, recién cumplía los ochenta y cinco al morir en silencio de grandeza el talentoso y complicadísimo Pepe de la Colina, originario de Santander y en México desde 1941, escritor de frases y narraciones hasta no poder hacerlo más.

Mérida, noviembre 2019.

José de la Colina por Gabriel Ramírez.  
Noviembre de 2019.



A José de la Colina

